

LA CIUDAD SOÑADA



JESUS GALINDO



PIEDRA Y CAMPANA

PALABRAS QUE SUENAN

Sello Editorial
Razón y Palabra



Este libro está protegido por los Derechos de Autor Internacionales.

Se edita esta versión electrónica a petición del autor y es para el uso colectivo sin fines de lucro. Se pide el respeto a la obra y al escritor, citando su autoría en caso de ser usado el texto o sus partes, republicados o difundidos en cualquier medio o versión.

Aquí se establece la forma correcta para citar esta obra:

GALINDO CÁCERES, LUIS JESÚS

La Ciudad Soñada; 1era. edición. Ciudad de México: Innovación Editorial Lagares, bajo el sello editorial Piedra y Campana, noviembre 2018, pp. 88.

ISBN: 978-607-410-560-5

La Ciudad Soñada; 1era. edición, bajo el sello editorial Razón y Palabra, septiembre 2023, pp. 91.

ISBN: 978-9942-44-790-6

*La ciudad
soñada*



Jesús Galindo

Sello Editorial
Razón y Palabra



www.razonypalabra.org

Capítulo uno



Los colores parecen muy brillantes, no hay luz, es de noche. Es una habitación grande, una sala. Estoy recostado en un sillón. Es cómodo. Sé que estoy soñando, ésta es la ciudad soñada; he vuelto después de varios años, siento mi cuerpo y la presencia de todo como si estuviera despierto. En cierto sentido todo es más real, intenso, como nunca. Sé que en cualquier momento todo desaparecerá y despertaré, pero parece que puedo mantener la situación con cierto esfuerzo de voluntad. Conozco el lugar, de alguna manera lo ubico, aunque creo que nunca había estado aquí. No me quiero mover para no despertar y al mismo tiempo deseo ponerme de pie y explorar el sitio. Inicio un movimiento con el pie. Sigo aquí, nada pasó.

2

Me levanto con lentitud, siento que todo se mueve. Contengo la respiración y la habitación vuelve a estar ahí. Estoy perplejo, es un sueño y estoy sintiendo y respirando con tensión real. Nunca había experimentado algo así. Es más real que lo real. Estoy muy emocionado. Esto es extraordinario, mágico. Sé que voy a despertar, siento que no tengo lo que se necesita para permanecer aquí. Ya estoy de pie. El lugar es una sala de un departamento de techos altos, una construcción de los cincuenta, uno de esos edificios de fachada muy bella, quizás decó. Hay una ventana a mi derecha, pero no quiero asomarme, sé que despertaré si lo hago. Alcanzo a vislumbrar algo, es la ciudad soñada.

3

Vuelvo a sentir la emoción que me hace perder el control, es algo como un mareo. Ahora nada se mueve, en cualquier momento todo desaparecerá. Los muebles son viejos, pero no rotos o sucios, éste es un lugar cuidado. Hay luz en la habitación del fondo, escucho voces. Me muevo con sigilo, estoy mirando todo con atención para recordarlo después. Esta emoción es placentera y aterradora, no puedo recuperar la calma. Intuyo que necesito la tensión para mantenerme aquí, también necesito relajarme. Es como aprender a caminar. Sé lo que debo hacer, pero no tengo práctica. Trato de concentrarme y parece que lo logro. Camino poco a poco hacia la luz. El corredor tiene otras puertas, aquí todo está oscuro, sombras iluminadas por la luz artificial de la calle a través de las cortinas.

4

Siento que todo puede desaparecer en cualquier momento, es una sensación agónica. Deseo permanecer, pero sé que mi presencia es frágil; lo sé, lo siento. Cada vez tengo menos aplomo, la desconfianza me invade. Necesito concentrarme para saber qué es lo que está pasando. Nunca había tenido una vivencia tan clara y rotunda de estar, y esto otro de saber que no estoy en este lugar, pero sí estoy. Camino cerca de la puerta entreabierta de la cual sale luz. Las voces que me guían se escuchan con más volumen, son varias, dos hombres y una mujer, jóvenes me parece. Sé que en cualquier momento todo desaparecerá, no tengo idea de cómo controlar la situación, sólo quiero llegar a la puerta y mirar dentro. Aquí afuera el silencio es total salvo el sonido de mis pasos sobre una duela, un piso de madera.

5

Ahí está un hombre joven sentado en un sillón verde individual. La emoción se torna en un escalofrío. Creo que lo conozco, pero puede ser que nunca lo haya visto. Abro la puerta con lentitud. Alcanzo a ver a los otros dos. Veo las piernas de una mujer recostada en una cama, el otro de ellos de pie frente a mí me dirige algo así como un saludo. “¿Por qué tardaste tanto en volver?”. En ese momento todo desaparece. Ahora estoy en mi cama, es la tarde de un domingo en una ciudad en la que estoy de visita, Porto Alegre. Las ventanas están cerradas a la luz del día, el cuarto está en total oscuridad. Estuve ahí, estuve ahí y no pude permanecer. El saludo me distrajo, perdí por completo el control. Y no tengo la menor idea de cómo volver. Aunque pensándolo bien, quizás sí.

Capítulo dos



Al principio sólo eran viajes muy cortos, creo que la palabra es viaje, pero no estoy seguro. Era algo casual y divertido, algo así, divertido. Llegaba de noche a mi catre, quizás fumaba un poco, pensaba en ciertos acontecimientos del día, sentía un poco a la noche. A veces daba vueltas por la azotea de mi cuarto de servicio, miraba la luna, las azoteas desnudas de la región, contemplaba el horizonte urbano, imaginaba historias en las montañas de la sierra lejana, me perdía en alguna asociación por un rato, y me iba a dormir; al otro día me esperaba una buena jornada de trabajo. Creo que me sentía bien, no sé si era feliz, pero de cierto no era infeliz. Descansaba dentro de una bolsa de dormir, la había comprado justo para estas noches, para esta estancia de trabajo. Casi siempre dormía de inmediato, y después soñaba.

2

A la mañana siguiente del primer viaje creo que lo olvidé, no le di ninguna importancia. Seguí mi rutina de trabajo. Desayunar con mis amigos, a los que había conocido en la Ciudad de México varios años atrás, de alguna manera mis anfitriones, por ellos podía vivir en la azotea, ellos habían gestionado la situación para mí. Conversaba, reíamos, nos abrazábamos, me bañaba en su casa, y luego salía rumbo a la universidad o al Colegio de Sonora, según la agenda. Ahí me pasaba unas horas de la mañana chismeando y revisando notas. Rumbo al medio día me movía hacia mi cita, entrevistas para una investigación sobre vida y cultura urbana contemporáneas. Después comería por ahí y vendría la segunda cita del día. Y así tal vez una tercera, cena en la calle, pasar a saludar a mis amigos casi anfitriones y de nuevo a mi azotea.

3

Sucedió de pronto, no sé cuántos viajes llevaba, varios. Iba caminando por la calle, otra calle, de una ciudad desconocida pero que en ese momento me era conocida. Estaba por completo lúcido y perplejo. Era otra ciudad, yo era yo, eso creía, y caminaba por la calle rumbo a una casa, que era mi casa, pero no era mi casa, yo no vivía ahí, pero vivía ahí. Recuerdo que me detuve un momento, ¿qué estaba pasando? Caí en la cuenta que era un sueño. Me pareció divertido y extraño. Seguí caminando rumbo a esa casa que era mi casa en el mundo del sueño. El paisaje urbano que iba observando me gustaba, una colonia agradable, con árboles por todas partes, con fachadas bonitas como de clase media, media alta. En el sueño yo reconocía todo aquello como parte de una rutina, pero también estaba asombrado y gozando. Me di cuenta que no era yo el habitante de ese mundo; no, el que estaba soñando era otro yo.

4

Llegué a mi casa en el sueño, era un departamento en algo así como un dúplex. Abrí la puerta y subí unas escaleras. Lo primero que hice fue asomarme a la ventana, desde ahí se veía parte de la calle y las copas de los árboles. Estaba atardeciendo. Sentí hambre. Me dirigí a la cocina; de forma incomprensible y natural sabía en donde estaba la cocina y todo lo que había ahí. Una parte de mí actuaba en forma espontánea, un tipo que regresa a casa después del trabajo y prepara algo rápido para matar el hambre, de seguro no había comido al medio día. Y por otra parte yo, observando todo eso desde algún lugar, exterior, sorprendido y fascinado. Corté un poco de pan, de jitomate, de jamón. Embarré mostaza en una cara del pan cortado, agregué un poco de lechuga, armé el bocadillo, comencé a comer; estaba delicioso. Me moví hacia un refrigerador que sólo contenía cerveza y vino. Mi imagen se reflejaba en la superficie de aquel mueble, me vi por un momento y... desperté con latidos a mil en mi catre, estaba amaneciendo.

5

Y así sucedió siempre a partir de esa primera experiencia. Nunca pude ver con claridad mi rostro en el otro mundo. Sólo a través de los ojos de la mujer amada. Éste es un punto que ahora me obsesiona, cómo es que nunca pude ver con claridad mi rostro en el otro mundo. Era yo, también era yo, cuando pude alguna vez mirarme en los ojos de la mujer amada lo que vi fue mi rostro de siempre, en el otro mundo también era yo, otro yo, pero yo. De ahí que mi forma de comportarme fuera la misma, mis gestos, mi manera de caminar, de sentarme, de moverme. A los demás nunca les extrañaron mis visitas; ahora no estoy seguro de que eran visitas en sentido estricto, más bien, vidas paralelas, conciencias conectadas en universos paralelos; algo así, qué sé yo.

Capítulo tres



Los sueños empezaron de repente sin ningún antecedente que yo notara. Dormía en un cuarto de azotea, más bien un cuartucho de azotea. Una habitación que el dueño de la casa había improvisado hacia décadas para una cabina de radioaficionado. Había, en una de las paredes, un cuadro inmenso de corcho con una multitud de postales de diversas partes del mundo, de otros radioaficionados con los cuales el viejo había contactado a lo largo de muchos años. Aún estaba el equipo en una esquina del lugar. Una radio como de película de los años cuarenta, deteriorada por completo, entre oxidada y sucia, abandonada, inútil. Contra una pared, un catre con una bolsa de dormir, mi cama. Aquella fue mi casa por un buen rato.

2

Por aquel entonces trabajaba un proyecto de investigación sobre la memoria urbana y cosas así. Pasaba todo el día en la calle haciendo entrevistas o consiguiéndolas. Ya llevaba ahí unos meses, había llegado primero a casa de un viejo amigo casado, con la hija de los dueños de la casa en donde ahora era un extraño huésped. Mis amigos vivían en un lugar muy pequeño, me tocaba dormir en la cocina. Creo que me estimaban, pero también ansiaban su intimidad; me propusieron el estudio de radioa cionado. Fui a verlo y acepté de inmediato, era lo mejor para todos, y no quería pagar renta de un departamento o un hotel. Lo mío era sólo una mochila con algo de ropa, unos libros, cosas de baño. Así llegué a una cita con el destino.

3

El cuarto estaba en el techo de la casa, sobre una de las avenidas principales de la ciudad de Hermosillo. Una casa grande que en algún momento albergó a una gran familia que ahora estaba distribuida por la ciudad en otras nuevas casas. Los viejos estaban solos; no tuvieron problema, por lo menos no en ese momento, en darme asilo en la azotea. La escalera de acceso era independiente, de madera, a la intemperie, crujía y estaba a punto de caer en pedazos, podrida; nadie subía por ahí, esa parte de la casa estaba en el olvido. Sólo cruzaba palabra con mis anfitriones cuando me los encontraba en el patio de enfrente. Mi rutina al llegar era abrir una reja, cruzar el patio y subir por la escalera en la parte de atrás del edificio por un angosto callejón. Casi no tuve contacto con los habitantes de la casa.

4

Al cuarto llegaba casi siempre de noche, en ocasiones en la madrugada después de alguna reunión o fiesta con los amigos que iba haciendo en el curso del trabajo. Subir las escaleras siempre era un evento en sí mismo, cada escalón podía romperse en cualquier momento, esa tensión me relajaba y divertía. Desde el techo de la casa se podía ver parte de la ciudad desde arriba, una ciudad de un piso vista desde la azotea de una casa de tres pisos. Fumaba un poco contemplando la ciudad de noche, era hermoso. Y luego el catre. En invierno el cuarto era muy frío, la bolsa de dormir era apenas suficiente. En verano la situación era muy distinta, un entorno tibio muy sabroso que se convertía en un infierno en cuanto el sol salía y se elevaba.

5

El techo del cuarto era de lámina, lo que incrementaba la temperatura en frío o calor. Los primeros días de mi estancia en el lugar fueron normales, llegaba en la noche, dormía, me levantaba temprano, me lavaba en el pequeño lavabo, salía a desayunar por el rumbo algo barato y sustancioso, o iba a conversar y desayunar con mi pareja de amigos que eran vecinos en la misma cuadra. El primer sueño fue diurno, alguna vez que regresé a una siesta para descansar del trajín del día. Apareció una ciudad que reconocía como propia en el sueño, pero que despierto no tenía la menor idea de en dónde estaba o cuál era su nombre. La primera vez que me di cuenta del viaje estaba confundido, no le di importancia, sólo sentí que me había gustado el sueño, la ciudad soñada.

Capítulo cuatro



Después de varias visitas, la ciudad soñada ya era una certeza. Mientras soñaba sabía que estaba en un sueño, en una ciudad desconocida que al mismo tiempo era mi ciudad. El personaje que era en esa ciudad vivía ahí, era yo, no sé qué pensaba cuando yo no estaba, en mis viajes yo era esa otra persona y al mismo tiempo era yo, el otro, el soñador. Una dualidad, por una parte era el que dormía, sabiendo que estaba en un sueño, y ahí era otra persona; por otra parte era un sujeto con trabajo, amigos, una mujer amada, un departamento, una vida. Al despertar del sueño siempre estaba por completo alerta, no confundido, pero sorprendido. ¿Cómo había regresado al mismo sueño? ¿Por qué tenía conciencia de la situación? Algo había de anormal en esos sueños.

2

La ciudad soñada era muy bella, así me lo parecía. En esa época larga de visitarla en sueños nunca estuve de noche, sólo al amanecer y al atardecer, lo cual es peculiar. Era una circunstancia que algo significaba. Nunca me tocó con lluvia o nublada, siempre a pleno sol. Estaba rodeada de bosques, el lugar era de montaña. El clima siempre era templado, con un fresco sábroso al amanecer y al atardecer. Muy arbolada, con parques pequeños por todas partes. Tenía rasgos que reconocía como semejantes a mi propio entorno: había automóviles, los dispositivos tecnológicos eran semejantes, el diseño de las casas y los edificios, las calles, las banquetas, los camellones. Podría ser una ciudad de mi entorno sin problema, sólo que más bella, más limpia, más verde.

3

A los varios regresos empecé a llevar un diario de todo lo que pasaba y cómo pasaba. Un diario que perdí unos años después en un avión. Dormía todo el tiempo que podía. En cuanto me quedaba dormido regresaba. Lo que más me obsesionaba era la ciudad misma. Empecé a dibujar mapas de los lugares que iba conociendo. Al volver, buscaba salir un momento de la rutina de aquella vida para explorar y descubrir. Toda la ciudad era muy bella, no había zonas marginadas ni sucias. En cada regreso buscaba una ruta nueva, una nueva zona. Fui construyendo poco a poco el mapa de ciertas partes de la ciudad. No sabía cuándo terminaría esta peculiar situación, la recibía como un regalo, pero también suponía que en algún momento llegaría a su fin; no podía perder el tiempo. En el fondo estaba tranquilo y fascinado, nada me preocupaba. Volvía con tanta facilidad que dejé a un lado el trabajo y la vida social en este otro mundo, el que seguía siendo el mío, pero del que estaba perdiendo interés.

4

En la ciudad soñada mi casa era un departamento en un segundo piso, desde ahí podía contemplar una calle muy arbolada que me traía calma y regocijo. Era soltero, no estoy seguro, vivía solo. Mi ropa era de un estilo conservador y agradable, de buen gusto. Era diseñador de interiores en una empresa de arquitectos, el trabajo era muy estimulante. Los compañeros de trabajo eran cumplidos y eficientes. No tenía una gran relación emocional con ellos, sólo profesional, amistosa. Salíamos en ocasiones a comer o a beber una cerveza. Mi vida social no era muy extensa ni intensa, unos pocos amigos con los que tenía una relación muy cercana, gente como de mi tipo, de mi estilo, es decir, del otro, del que era ahí. Y había una mujer, la mujer amada.

5

La mujer amada pronto se convirtió en el centro de mis reflexiones cuando volvía a mi cuarto de azotea. Es la mujer más interesante que he conocido en mi vida. Delgada, de estatura media, pelo corto negro, piel trigueña, un rostro noble hermoso, clásico, como de retrato antiguo. Casi sin senos, de bonito pubis y nalgas, piernas delgadas perfectas. Una mujer elegante y al mismo tiempo de una informalidad discreta. Trabajaba en algo relacionado con la música, una curadora de un centro cultural, un auditorio, algo así. Culta, con una voz y un fraseo que me ponía a babear, me encantaba y yo a ella. Era mi mujer amada y la mujer del otro; ese otro que también era yo. Nunca me he sentido tan atraído por una mujer como por ella.

Capítulo cinco



La primera vez que la vi fue algo impresionante, me faltaba el aire al verla, me temblaban las piernas, no podía dejar de mirarla. Estaba en casa un domingo por la mañana, un domingo de aquel lugar. Había desayunado ligero y ordenaba algo del trajín de la semana en la mesa de trabajo. Escuché que alguien abría la puerta de la calle y subía por las escaleras. Me puse de pie en forma extraña, una parte de mí estaba en calma y otra en alerta. Caminé hacia la estancia, todo estaba iluminado por la luz del principio de la mañana. Y apareció, creo que empezó a sonreírme, hizo una broma, no recuerdo bien. Yo la miraba absorto, nunca había visto una mujer tan atractiva. En ese mismo instante sentí un sentimiento intenso y definitivo. Me sentí feliz, absolutamente feliz. Había viajado a otro universo para encontrar a la mujer amada.

2

Ella dejó su bolsa sobre una silla y se quitó un pequeño saco, lo puso sobre el respaldo. Yo estaba de pie en el umbral del estudio, admirándola. Ella hizo otras bromas, yo sonreía, no decía nada, no podía hablar. Se acercó y se colgó de mi cuello, me dio un beso ligero y me abrazó con intensidad. Casi me desmayo, ése sí era un sueño que valía el viaje. Ya llevaba varios sueños consciente, pero ella no había aparecido; no recuerdo ninguna fotografía, no había fotografías de nada. Esa persona que era allá no me había dado ninguna referencia, tampoco los amigos ni el trabajo, parecía que no había una presencia familiar fuerte, por lo menos en el tiempo que estuve ahí. ¿Quién era ella? ¿Por qué tenía llave de la casa? ¿Por qué el abrazo y el beso? ¿Por qué la intimidad tan grata, las bromas? Preguntas de pronto sin respuesta.

3

Empezó a conversar sobre un paseo que teníamos previsto para ese día, de una película que teníamos que ver. Me preguntó por el libro que, según ella, yo estaba escribiendo. Me preguntó si ya había comido o si, como siempre, andaba mal pasándome. Yo la escuchaba y no dejaba de contemplarla. Ya estaba más tranquilo, me senté en un sillón, ella se sentó delante de mí y siguió hablando con entusiasmo, con una tremenda intimidad. Me pareció que era una mujer muy fuerte, inteligente, de buen gusto. El yo de ese otro mundo tenía mucha suerte de andar con alguien así. Me sacó de mi embeleso al preguntarme qué íbamos a hacer, cuál era la mejor opción. Hablé por primera vez, le pedí que ella decidiera mientras yo terminaba de ordenar algo en el estudio. Me levanté y me fui a la mesa de trabajo. Escuché que ella trasteara algo en la cocina, me preguntaba si quería beber algo. Quizás agua mineral, ésa fue mi respuesta. Ella contestó, no, agua mineral no, bebamos unas cervezas, es domingo por la mañana.

4

Ella llegaba así, sin avisar, no sé si lo hacía de noche, supongo que sí, pero nunca estuve de noche en la ciudad soñada. También hacíamos el amor de día, al atardecer, en ocasiones llegaba por la mañana antes de ir a trabajar y los fines de semana, aunque nunca era cierto que fuera a llegar a una hora o un día definido. Así era la relación entre ésos dos, mi otro yo y la mujer amada. Me doy cuenta ahora que es un patrón de relación que también he tenido en este mundo; el primero, si pienso en lo que pasó. Me doy cuenta que he tenido acá relaciones similares, nunca tan intensas y tan claras como aquélla. Quizás es injusto afirmar algo así, pero sucede; uno habla bien de lo que no está presente del todo y forma parte de una alucinación idealizada. Aquello es lo mejor que me ha pasado con una mujer en este mundo o en cualquier otro.

5

Alguna vez le pregunté si nos veíamos en su casa después de tal o cual actividad. Me miró sorprendida, “Pero si habíamos quedado que sólo sería en tu casa, no te gusta ir a la mía”. ¿Por qué había decidido eso? Pensé en mi yo cotidiano, algo había en aquella casa que me mal vibraba, quizás la presencia de alguien o la referencia a algo. Me imaginé que el otro yo tenía sentimientos similares; me di cuenta que eran una tontería tanto aquí como allá. Le comenté entonces que no había problema, que cuando ella quisiera nos veríamos en su casa. Ella me regaló una de sus maravillosas sonrisas y seguimos conversando de otra cosa. Ahora pienso que le gustó mucho mi comentario, a mí también me gustó hacerlo. Tenía una relación de pareja con una mujer amada en una ciudad soñada. Una hermosa locura.

Capítulo seis



Se sucedieron los años; la ciudad soñada quedó atrás, como recuerdo, como algo que había pasado y no había pasado. Durante muchos años la busqué en mi mundo, creí encontrarla en algunos lugares, se parecía en parte a regiones de ciudades que fui conociendo en mis viajes. En la Ciudad de México, en Guadalajara, en Medellín, en Buenos Aires, en Barcelona. El tema aquí es básicamente la arquitectura similar, con un paisaje urbano con camellones y muchos árboles, parques, una ciudad verde. He llegado a pensar que aunque creo que me moví por muchas partes de la ciudad soñada, en realidad circulé básicamente por una zona de clase media alta urbana profesional, el rumbo en donde vivían mis amigos y la mujer amada. Ella era la clave, la que me hacía volver... eso me parece ahora, aunque entonces todo lo demás también parecía fascinante, un regalo del destino.

2

Nunca supe cómo llegué la primera vez, así que nunca supe cómo volver. Los viajes, o como pudiera llamar a lo que sucedía, fueron en una sola época, un año, salvo dos viajes posteriores también inexplicables. Pasé dos años en Hermosillo, la ciudad soñada está en medio de esos dos años. He llegado a pensar que todo es destino: conocí a unos sonorenses en la Ciudad de México, viví con ellos, fui descubriendo su mundo y sus costumbres, canté sus canciones, comí su comida, disfruté su acento y su forma de hablar. A la primera oportunidad que tuve busqué vivir en aquel rumbo del país. Y ahí me esperaba la ciudad soñada. He pensado que ahí me sigue esperando, que quizás sólo en ese lugar se dan las mejores circunstancias para viajar, aunque los dos últimos viajes fueron en otras ciudades. Lo sospeché ahí mismo, cuando me cambié de casa, de la azotea en donde viajaba a la ciudad soñada a casa de otro amigo. No pude viajar más. Años después tiraron la casa de la azotea para ampliar la avenida. Imposible comprobar ahora si la azotea era el lugar especial.

3

En la genealogía de Carlos Castañeda hay acechadores y ensoñadores, algo así como yin y yang. La experiencia de la ciudad soñada definitivamente fue de un ensoñador. Eso es peculiar. Mi relación con el mundo social siempre ha sido extraña: por una parte me atrae, por otra me repugna. Creo que he tenido etapas de uno y otro tipo, como si tuviera un per 1 mixto, más cercano a la soledad y a la imaginación que a la interacción social cotidiana. Cuando niño, mi mundo era todo imaginación, incluso cuando jugaba con otros no era sencillo embonar; las tramas de mis juegos eran complejas e imprevisibles. A mis hermanas les gustaba que yo contara historias. En la adolescencia hubo compañeros de escuela que también pedían que narrara algo. Tuve una mujer que me llamaba en la intimidad “el cuenta cuentos”. Por otra parte, fui un gestor cultural, un académico, un militante, quizás un impostor.

4

Ahora, muchos años después, trato de encontrar sentido a aquella experiencia. ¿Qué significa? ¿Por qué sucedió? ¿Por qué no continuó? Me parece que el asunto pasa por la formación, tuve algo que no supe ordenar, quizás lo tengo todavía. Los maestros nunca pudieron ayudarme, no los busqué, no los consulté, permanecí viviendo en solitario mi propia vida alejado de todo. Este mundo es fascinante y aterrador al mismo tiempo, la ciudad soñada pudo ser la llave de otra forma de vida; seleccioné la que no era. Invertí acá energía en construir lo inconstruible con gente que no me podía acompañar, con personas con las cuales no me pude comunicar. Quizás tenga una última oportunidad de saber por qué sucedió todo aquello, conocer por fin quién soy y qué me tocaba vivir en ésta o en aquella vida.

5

Tengo una intuición. La vivencia estética puede ser la clave para articular la vida que he vivido y mi presencia en la ciudad soñada. Un amigo me sugirió la idea. A lo largo de mi vida el arte ha sido mi tabla de salvación, la literatura y la música en particular. He experimentado una vida secreta de intensas emociones y visiones estéticas. En forma paradójica mi modus vivendi ha sido la ciencia y la academia, lugares secos, sin imaginación. ¿Es el arte la clave? ¿Acaso siempre lo ha sido? He vivido dos vidas, la división parecía conveniente, pero no lo ha sido. Es momento de renunciar a una y explorar con decisión y totalidad la otra. De eso se trató siempre, eso me parece. Quizás ahora tengo que hacer valer el mensaje de la ciudad soñada, aunque no sepa cómo. Es más simple de lo que parece, algo así como realizar una vocación que ha estado contenida, frustrada, no evolucionada. ¿Qué me quiso decir la vida con la vivencia de la ciudad soñada?

Capítulo siete



Durante el tiempo que viví en aquella azotea apareció otra mujer. Siempre la recordé en forma independiente a la mujer amada. Ahora me parece que la cosa no era tan simple. Una noche me invitó un amigo a una fiesta. Mi vida social no era ninguna maravilla, tenía conocidos, había construido poco a poco algunas relaciones cercanas, y eso era todo; la ciudad de Hermosillo la vivía como lugar de paso, sabía que terminando el proyecto de investigación me marcharía de ahí. No tenía ninguna necesidad de relaciones profundas, mucho menos con una mujer. Y fui a aquella fiesta. Era un departamento sin muebles, la gente conversaba y bebía de pie o sentada en el piso. Me acerqué a uno de los grupos en el suelo, y ahí estaba ella.

2

Me senté para no parecer un extraterrestre deambulando con una cerveza en la mano; no conocía a ninguno de los asistentes a la fiesta, sólo al amigo que me había invitado. La conversación del grupo en el piso era irrelevante, era lo que había, lo que tocaba esa noche. Yo escuchaba y hacía grupo. Fue cuando la escuché hablar. Tenía una voz ronca, de inmediato me pareció una mujer interesante con su cabellera negra rizada y larga, era como un personaje salido de las mil y una noches. Nariz larga y rostro a lado, pómulos altos, acento norteño. La conversación se fue diluyendo, no participé más que con mi presencia. Vino y se fue gente, la fiesta empezó a menguar. Y nos quedamos solos sentados en aquella esquina de la sala. Ella hizo el intento de pararse y yo la retuve, le pregunté algo sobre lo que estaban conversando. Ella se acomodó de nuevo. Y hablamos hasta que la fiesta se dio por terminada.

3

Los últimos se despedían, yo buscaba seguir con ella. Le pregunté si quería conversar más, ella contestó que sí, pero que tenía trabajo temprano al otro día. Le propuse acompañarla a su casa, ella declinó, tenía carro, iría sola. Le pregunté en dónde trabajaba en domingo. Quería verla de nuevo al otro día, aunque no dije nada más. Al día siguiente fui a buscarla, la saqué de su trabajo para decirle que necesitaba volverla a ver, que me urgía conversar de nuevo con ella. Me miraba asombrada y halagada, sentí que también quería. Y así quedamos. Nos volveríamos a ver pronto, y regresó a trabajar. Yo la alcancé en el movimiento de partida, la abracé y le di un beso, ella me lo devolvió. Y desapareció detrás de una puerta. Estaba hecho, ahora tenía a dos mujeres amadas, en dos mundos diferentes con dos yo distintos. Me sentía estupendo y estaba, ahora sí, por completo loco.

4

¿Eran las dos mujeres amadas dos versiones de la misma mujer? Eso me lo pregunto ahora, mucho tiempo después de aquel momento. Después de terminados los viajes cotidianos al otro mundo, seguí la relación con la mujer amada de este mundo, y viví con ella una relación de varios años, la más larga de todas, con diversas situaciones y tensiones. Es la mujer más cercana a una pareja estable que he tenido en toda la vida, una mujer a la que quise mucho, con la cual me pasaron muchas cosas, con la cual crecí, me rompí y me volví a componer, a la cual acompañé también en sus propios tránsitos. ¿Era una versión de la otra mujer amada? Ésa es una pregunta complicada. En la obsesión que construí por la otra mujer amada la busqué en este mundo, nunca la encontré. Quizás lo que pasó es que la había hallado desde el principio, pero no lo reconocí, no quise hacerlo. La vida es extraña, el tiempo pasa y no hay segundas oportunidades.

5

A lo largo de los años después de la ciudad soñada y la mujer amada en aquel lugar y la mujer amada de Hermosillo, me he encontrado con otras mujeres que podrían ser, en cierto sentido, versiones de aquélla. Por su físico, por su manera de ser, por algo más indefinible. Me queda la duda de si la encontré varias veces o nunca. Parecería que mi destino era encontrar a esa mujer y no lo hice. Una parte de mí niega la posibilidad. Han pasado otras cosas que justifican eso que llamamos éxito. Pero hay algo en mí que reconoce pendientes, oportunidades perdidas, opciones frustradas, mal desarrolladas, impedidas. En la figura de la vida asociada a los otros, esta presencia única de la mujer soñada es muy inquietante. ¿Eso fue todo, no hay nada más? ¿Era un mensaje o sólo una vivencia? ¿Quedó el asunto en el pasado o acaso es aún parte del futuro?

Capítulo ocho



Volví una última vez a la ciudad soñada, años después de otro regreso. Dos en total fuera de Hermosillo. Estaba dormido soñando y de pronto estaba ahí, lo supe de inmediato. Recostado sobre una silla de playa. Sabía que estaba en mi cama, en mi casa en Ciudad de México, y sabía que ya no estaba ahí, que ahora estaba de vuelta en la ciudad soñada. A diferencia del primer intenso y extremo regreso en Porto Alegre, ahora estaba muy relajado, en completa calma. No abría los ojos para que la emoción no me rebasara. Sólo respiré tranquilo, escuchando un ambiente de playa, algunas voces, pasos de pies desnudos, las olas del mar llegando a la orilla. Sentía el calor del sol sobre la piel. No quería echarlo a perder, lo estaba disfrutando; siempre me ha gustado tomar el sol. Estaba de vuelta.

2

Poco a poco abrí los ojos, tenía puesta una gorra, pero aún así el sol me agredía la visión. Seguía en calma. Me concentré en la operación de empezar a ver. Poco a poco, sin tensión interna, como un observador objetivo y externo. Estaba en una plancha de concreto pequeña, alrededor había otras también con sillas de playa y gente haciendo lo mismo que yo. El mar estaba en calma, hacia un día bellísimo, con cielo azul, una brisa casi inexistente. Había unos veinte metros de distancia a la playa, sin vallas ni rejas. La plancha de concreto estaba en lo alto, no mucho, podía ver el mar y la playa abajo; no vi escaleras, era como una loma pequeña. Seguía sintiendo el sol sobre la piel, traía puesto un traje de baño largo, de éstos que no me gustan, preferí los de nadador olímpico. Era un lugar turístico con infraestructura.

3

A mi lado derecho había una mesa con una bebida, no era cerveza, era algo como limonada. No quise probarla, pensé que el sabor podría ser demasiado para seguir concentrado, pero me dieron ganas, el sol brillaba a plenitud. A mi lado izquierdo estaba la mujer amada en posición similar a la mía, tendida en su silla de sol, con un traje de baño de una pieza de color azul sin adornos. Se veía bellísima. Casi pierdo el control al contemplarla, se movía somnolienta. Escuché que me preguntaba si se me antojaba algo de comer, ella ya sentía un poco de hambre. Le contesté que si le parecía podía ir por unos camarones para pelar. Ella sonrió y casi pierdo la concentración. Se levantó y caminó en sentido contrario a la playa. Noté que había una instalación más arriba y más allá habitaciones. Era un hotel.

4

Estaba en un lugar para vacacionar frente al mar. Muy agradable, con habitaciones completas como cabañas, separadas unos metros unas de otras. Contemplé cómo la mujer amada caminaba hacia algo que parecía un servicio de playa. Nunca había estado fuera de la ciudad soñada; cuando intentaba salir, despertaba. Ésta era la primera vez que estaba fuera, sin idea de si estaba lejos o cerca. Me quedé contemplando el mar, es algo que siempre me ha gustado. Y sentí cuando la mujer amada volvía con un plato lleno de mariscos. Me dio hambre, pero no quise probar nada de momento, sentía que saborear sería muy fuerte para mantener la concentración. Me quedé contemplando cómo ella comía y me sonreía. Parecía fácil, era estar ahí como si fuera un alienígena que observaba todo desde el exterior. Pero no, estaba ahí y sentía con gran intensidad.

5

Había regresado, estaba con ella y nada podía ser mejor. Me di la vuelta y me recosté de lado, dando la espalda a la mujer amada. Tenía ganas de dormitar un poco disfrutando el momento. Escuché que ella se levantaba, pensé que iba al mar un rato, pero no; se acercó a mí, me dijo algo al oído y me abrazo por la espalda acostándose junto. Al sentir sus brazos y su cuerpo contra el mío perdí la cabeza, deseaba volverme y besarla, abracé su abrazo. Entonces pasó, me fui. Regresé a mi cama, en mi casa. Al despertar aún sentía los brazos de ella en mi cintura, percibí que los tocaba con mis manos. Por un instante estuve allá y aquí al mismo tiempo, pero se había ido... yo había vuelto. No regresé nunca más a la ciudad soñada ni a la mujer amada. Ésa fue la última vez. Así como volví entonces sin ninguna esperanza de hacerlo, siento que cualquier día de éstos regresaré... aunque presiento que ya no ocurrirá.

Capítulo nueve



Aquella ciudad estaba a cierta latitud, el entorno era boscoso, así se apreciaba desde la zona urbana en donde desarrollaba mi vida en el otro mundo. El clima que me tocó sentir era de templado a frío, muy agradable. Me movía casi siempre a pie, todo me quedaba cerca, nunca puse en duda lo que eso implicaba; me sentía muy bien caminando largas marchas, en ocasiones sin dirección preestablecida. A diferencia de mi oficio en el mundo de origen, siempre ocupado en asuntos sociales, en el otro mundo me dedicaba al diseño. Trabajaba en un despacho con gente agradable, todos comprometidos con los problemas que resolvíamos. No me recuerdo leyendo o viendo televisión. Escuchaba música. La mujer amada siempre me tenía estimulado en ese sentido. Mi vida era una trama simple de trabajo y casa, algunos amigos... la mujer amada.

2

En mis viajes a la ciudad soñada, el centro de mi atención cotidiana era la belleza: observar, escuchar, saborear, sentir. Era feliz viviendo con intensidad todo lo que allá me hacía vibrar y sorprenderme: escenas cotidianas, la contemplación de los cambios de la luz solar, la composición de cada escenario pequeño o mayúsculo. Mi oficio en aquel lugar reforzaba este compromiso con la percepción y su operación. La mujer amada era parte del círculo de ese cosmos pleno de estética, de música, sobre todo eso que llamamos música clásica, culta, aunque también el jazz. Nuestra relación se ataba en ese punto y de ahí se expandía en todas direcciones. Mi mundo de origen también era estimulante, pero en otro sentido, más real, más rudo, menos perfecto, lleno de manías, grosería, torpeza y pequeños desastres. La ciudad soñada me monopolizó, me estimuló a vivir más mi propio mundo. El contraste entre los dos me hacía sentir que vivía más pleno; los dos mundos se complementaban.

3

La relación con la mujer amada era una relación construida, hecha a partir de acuerdos y vasos comunicantes ya consolidados. Varias veces tuve la intención de saber un poco de mi pasado en la otra ciudad, de la historia de la relación con la mujer amada. Y llegaba y averiguaba, pero al regresar olvidaba; no conseguía recordar de qué me había enterado. Creo que eso tiene relación con aquello de que no pude estar nunca de noche o salir de la ciudad; a partir de cierto lugar al inicio de los bosques que la rodeaban volvía a la azotea. Asuntos inexplicables, nunca los entendí entonces ni ahora. La vida en la ciudad soñada era así y era muy buena. Aprendí en ella a tomar lo que el día te da, disfrutarlo, estar bien, sentirte bien. No suena mal, pero sólo si vives en esa circunstancia. Para mí significó la oportunidad de aprender algo, pero no de vivir ahí por siempre. ¿Qué hubiera pasado si continuaba viajando? ¿Cómo hubiera sido mi vida si me hubiera quedado allá?

4

En contraste, la relación con la mujer amada de este mundo era un lazo nuevo. Empezó durante mis viajes. Nada le comenté nunca del fenómeno. Lo que me sucedía entonces de este lado era el principio de una buena relación, sólo el inicio. Desconocimiento, empatía exploratoria, ensayos de comportamiento, disfrute de la presencia del otro con pocas coartadas, mucho deseo, simpatía, conocimiento mutuo que se iba sedimentando poco a poco. La ciudad de Hermosillo no es muy bella, tiene su personalidad, ciudad norteña un poco plana, en un contexto geográfico de desierto, con temperaturas en verano de casi cincuenta grados. Ningún parecido entre las dos ciudades. Cuando me aficioné en exceso a la ciudad soñada abandoné mi relación con la ciudad del desierto, sólo me daba el tiempo suficiente para el trabajo, algunos amigos, la mujer amada norteña y dormir todo lo que fuera posible.

5

Una mañana subió a visitarme uno de los miembros del cuerpo de servicio de la casa en donde estaba mi azotea. Me informaba que ya no podría vivir ahí más tiempo, los dueños de la casa me pedían que encontrara otro alojamiento. Aquello era comprensible, yo era como un parásito, una persona extraña viviendo en una casa de personas con las cuales no tenía ningún contacto. De inmediato sentí que afectaría mis visitas a la ciudad soñada, pero no le di importancia, pensé que en otro lugar de la ciudad del desierto seguiría viajando al otro mundo. Estaba en un completo error. Ensayé en la nueva casa, con amigos que en forma generosa me ofrecieron su solidaridad, pero nada. Por varios días lo intenté, no viajé más. Me di por vencido en menos de un mes. La vida siguió y yo di por terminado ese capítulo: algo extraño, sin mayor profundización. Poco a poco fui olvidando a la ciudad soñada y a la mujer amada.

CODA
UNO



Las librerías han sido para mí lugares mágicos. Desde las visitas en la infancia con mi madre a las librerías del centro histórico de la Ciudad de México, pasando por los recorridos que duraban horas en mi adolescencia, y los que hacía en librerías de viejo en mi juventud, hasta llegar a las visitas constantes que sigo haciendo al día de hoy, las librerías son parte de mi mundo. Una tarde, explorando una sección de literatura, encontré un libro en cuya portada había la reproducción de un cuadro pintado a principios del siglo veinte, un autorretrato de una pintora francesa. Era una mujer mirando algo en forma inquieta de espaldas al mar en un atardecer borrasco. Era la mujer amada, la reconocí de inmediato. La impresión fue mayúscula, compré el libro, una novela. ¿Quién es aquella pintora? ¿Qué extraño mensaje es éste? Un autorretrato de hace un siglo. Una imagen esperando por mí en la portada de un libro en una librería una tarde de otoño. La vida es extraña, puede ser confusa. Desentrañar sus mensajes es quizás la única coartada que tenemos para mantener la calma mientras encontramos el camino a casa.

CODA
DOS



Hace años caminé asombrado por primera vez las calles de la ciudad soñada. Era entonces un hombre joven, lleno de ilusión por descubrir y experimentar, por hacer y construir. La ciudad soñada me estaba esperando en ese momento de mi vida, años de salidas falsas para llegar a aquella azotea en donde estaba el portal para viajar a ese otro mundo. Para ir al lugar que no conoces tienes que caminar por el camino que no conoces. El portal se cerró. Durante años perdí el tiempo deseando e intentando volver. No, no se trataba de eso, de volver. Quizás nunca estuve ahí, quizás nunca salí de aquí, tal vez nunca he vivido en este lugar que parece tan real, es posible que sea un viajero de paso tanto aquí como allá. Quién lo puede saber...la ciudad soñada no es lo que parecía ser.

¿Qué es la nanovela?

Nano: prefijo del Sistema Internacional de Medidas. Tiene una equivalencia de proporción más pequeña que el milí y el micro: es un billonésimo de algo (10^{-9}).

Novela: obra literaria en prosa que desenvuelve un relato para causar placer estético a través de la creación de personajes, sucesos, costumbres, épocas y relaciones entre ellos. La novela tiene un carácter abierto, es decir, admite elementos diversos en su interior, propios de un universo complejo; por ello puede contar historias cruzadas y subordinadas, incluir textos de diversa naturaleza, presentar realidades distintas a las que le dieron origen y tener una estructura sólida o arriesgada que organice sus partes en unidades variadas.

Nonovela: una novela hiperbreve.

Es un bocado literario de sabores diversos, listo para degustarse en el transporte público, antes de dormir, entre actividad y actividad y, ¿por qué no? en la fila del banco (o mientras carga el sitio en red de la institución bancaria de nuestra preferencia). Sea leída en episodios o de corrido, la nanovela permite un viaje por un mundo imaginario complejo, rico en personajes y estructuras sólo sugeridas, donde el lector es coautor y constructor de ese universo. Para lograrlo, la síntesis del lenguaje es la apuesta de este subgénero.

¿Quiénes la proponen y la ensayan?

Es experimento literario de los Escritores Novomilenaristas para adaptar la novela a una forma breve, donde cada frase cuente lo más posible y se anide en la mente del lector, explotando (alguno de estos días) en intuiciones reveladoras.

¿Para qué inventar este formato?

Para hacer frente al acelerado mundo en el que vivimos, para que la literatura siga habitando las complicadas rutinas sin tiempo en las que están atrapados la mayoría de los lectores y no lectores (público, por cierto, gustoso de la adrenalina, el collage de imágenes y la velocidad).

¿Cómo reconocer una nanovela?

Es una suerte de videoclip, donde se ha sintetizado un universo literario y en el que cada página destila esencia de historias, de emociones y personajes que tendrán que irse disfrutando, digiriendo e imaginando poco a poco, aún después de haber concluido la lectura.

¿Cuál es la pretensión novomilenarista al crear una nanovela?

“Pocas palabras para dejar mucha huella”.

Créditos

La portada fue elaborada por el artista visual:

M. Chehaibar

Contacto: mchehaibar@yahoo.com.mx

La edición de este texto de Piedra y Campana estuvo a cargo de:

Norma Macías

Contacto: nmaciasd@gmail.com

Amaia Arribas

Contacto: amaya.arribas@gmail.com



LUIS JESÚS GALINDO CÁCERES

Doctor en Ingeniería en Comunicación Social (2015), Doctor en Ciencias Sociales (2004), Doctor en Ciencias Políticas (1985), Maestro en Lingüística (1983), Licenciado en Comunicación (1978). Autor de más de cincuenta libros y más de setecientos artículos publicados en quince países de América y Europa.

Promotor y gestor cultural desde 1972. Ha desarrollado programas de investigación en Antropología Urbana, Cultura Política, Sociología de la Cultura, Cibercultura e Ingeniería Social, entre otros.

Es poeta, ensayista, narrador, autor de nano cuentos y nano novelas de Ciencia Ficción. Algunas de sus nano novelas son: *La ciudad Soñada* (2018), *El arte de la Equivocación* (2018), *La Mujer Sombra* (2019), *Blues y Fuga* (2020).

